

# Don Mario Briceño Iragorry y la creación de la tradición\*

Thamara Hannot

---

Cuesta escribir, a secas, Mario Briceño Iragorry. El ilustre trujillano, (1897-1958), desde la obsesiva seriedad de su escritura, desde sus proclamadas convicciones católicas, desde el inmenso compromiso patriótico de sus ensayos, desde sus posturas políticas inequívocas, y desde sus artículos de prensa, siempre convincentes, parece reclamar ese "Don" que suele anteponerse a la escritura de su nombre y que da idea de madurez, de cierta vetustez, pero, sin duda, de seriedad y respeto<sup>1</sup>.

---

\* Este texto forma parte del capítulo IV de la Tesis de doctorado de Thamara Hannot (USB, 1996): "La mirada inconforme. Una exploración crítica de la literatura de pensamiento en Venezuela".

1 Quizás la mejor presentación de Mario Briceño Iragorry sea la que él escribió como prólogo para la publicación de sus *Obras Selectas* en abril de 1954. (Ediciones Edime, Caracas/Madrid, 1954, XX, 1103 p). Así como los textos que, en su homenaje escribieran Arturo Uslar Pietri, Mariano Picón Salas y otros escritores venezolanos, en: *Presencia de Mario Briceño Iragorry*. En el sexto aniversario de su muerte. 6 de junio, 1958-1964, Editorial Arte, Caracas, 1964. (35 páginas). Vale la pena citar unos párrafos de esos textos de Uslar Pietri y Picón Salas. En *Un Duelo de esperanzas*, Uslar Pietri dijo: "Fue ante todo un apasionado de Venezuela se interesó por la Historia como una búsqueda de las raíces de la nacionalidad, y en compañía de aquel gran malogrado de Caraciolo Parra León, fue de los primeros en tratar de reconquistar y reivindicar nuestro pasado colonial, con el empeño de conocer y abarcar mejor el alma colectiva. Su actitud ante la historia tenía cierto matiz emocional y subjetivo. Le parecía que conociendo mejor el pasado se podría ser más venezolano. "Y que el pasado vivo desembocaba en el presente en las formas significativas de la tradición. En este aspecto alcanzó las mayores alturas de su don de escritor, que había llegado a un estilo sentencioso y elegante, en que el sabor de lo castizo ponía cierto encanto peculiar". (pp. 25 a 27). En: "Recuerdos de Mario", dice Picón Salas: "De este Mario Briceño Iragorry, precoz maestro de todos nuestros días adolescentes, nos pudo separar después el espacio físico, pero nunca la amistad y la infinita tolerancia y disposición de diálogo". (...) "Además del gran ensayista historiador que todos conocieron, del periodista de edad madura, que expuso su calma académica para romper lanzas por el decoro jurídico y moral de Venezuela, hubo en Mario un incansable escritor de cartas, que en hojas de papel para los amigos nos iba entregando con fértil frecuencia sus meditaciones y su visión de los hechos. Su vida limpia, desinteresada, a veces misioneramente apasionada por la causa de Cristo o por la causa del pueblo — que terminó refundiendo en una sola, se recoge día a día en esas cartas". (p. 32). (...) "Y pienso que las generaciones que vendrán habrán de detenerse en los libros de Mario, con análogo respeto al que suscitan a cien años de distancia las páginas de un Fermín Toro". M. P. S. (p. 34). Otras lecturas de gran interés, para la revisión crítica de la obra de Mario

Igualmente cuesta designar su obra como un orgánico conjunto de textos, sin que palabras como tradición y patriotismo; nacionalismo e historia; conciencia y pueblo surjan una y otra vez como opciones casi excluyentes de cualquier otra fórmula de agrupación de los temas que, sin posibilidad de evasión o rodeos, lo siguieron obscuramente toda su vida y doblegaron una y otra vez su pluma, dando lugar a una escritura en espiral, en la cual cada texto que escribió fue una renovación del compromiso profesional y personal, por la búsqueda del canon histórico capaz de atraer pensamiento y voluntad a una insoslayable acción: la constitución y la defensa de una forma de ser, hacer y *decir lo venezolano*.

*Mensaje sin destino* (1951) es su obra más conocida, más popular. La que lo sitúa una y otra vez entre los más importantes ensayistas del pensamiento venezolano: por su ideología plena de vigencia, y por lo que significó para la historia, la literatura y la política en la época tan particular de su primera aparición (1951), en los prolegómenos de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez (1953-1958), es un texto editado una y otra vez<sup>2</sup>.

Escrito en forma de diez y siete segmentos o capítulos breves, el texto tiene una profunda organicidad y sentido global, y una precisa delimitación del contexto histórico y social cuyos procesos angustian al autor y motivan la escritura de la obra. En varios de los pasajes del texto se alude a fechas y hechos de un proceso social de muy lenta estructuración pero que apunta a la disolución del bien máspreciado de un país: su identidad geográfica, histórica, cultural. El autor dará cuenta, en esos capítulos, de ese momento tan particular de la ocurrencia histórica, alrededor de 1950, entre la convocatoria literaria de Uslar Pietri, tras su vuelta a Venezuela, y el asesinato de Delgado Chalbaud, el 13 de noviembre de 1950. Los dos acontecimientos abren y cierran el texto y dan cuenta del fluir de las ideas en forma progresiva y de los cambios de tono de la obra, que parece hablar en distintos registros:

Briceño Irigorry, son: *País de Lotófagos*—ensayo introductorio a la obra homónima y "Sentido del nacionalismo en Mario Briceño Irigorry" de Domingo Milliani, en: *País de Lotófagos*, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Estudios/monografías y Ensayos, Nº 148, Caracas, 1992 (pp. 13 a 52). Y un ensayo de muy discreta circulación: *Mario Briceño Irigorry. Una visión de nuestra Historia Nacional* de Nory Rondón Albormoz (Fondo Editorial IPASME, Col. Ensayo Nº 6, Caracas, 1992. 96 p. fue ganador único del Concurso Literario IPASME de 1992). Otros textos de interés sobre aspectos específicos de su obra: "Semblanza de Mario Briceño Irigorry" por Roberto Lovera De Sola, en: *Mensaje sin destino* (Monte Avila editores, Caracas, 1980); "El destino de un Mensaje", en: *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, julio/octubre de 1951; Manuel Anzzarini: "La concepción de la Historia de Mario Briceño Irigorry", en: *Tierra firme*, Nº 7, julio/sept. de 1984 (pp. 301 a 316).

- 2 *Mensaje sin destino* (*Ensayo sobre nuestra crisis de pueblo*). Aparecido en 1951, aquí se cita por la publicación del Congreso Nacional. Cotejamos varias versiones, algunas hasta con errores de titulación. Véase: Mario Briceño Irigorry. *Obras Completas*, Volumen 7: *Ideario político social* (pensamiento nacionalistas y americanista I), Ediciones del Congreso de la República. Caracas/Venezuela, 1990, pp. 155-245. (Reproduce la 2da. edición en Caracas, Edlt. Avila Gráfica, 1952, 148 pp.)

la voz grave y reflexiva de los llamados de seria atención, (Cap. 16), la alegre frase que se burla de usos y costumbres poco gratos al autor (Cap. 14); la angustiada voz que grita ante lo que considera irreversible (Cap. 17), la inteligente ironía, que casi raya en el sarcasmo (Cap. 1), el tono impersonal del análisis de objetos y causas; (Cap. 12, 2,4). Así los diez y siete segmentos pueden ser registrados con minuciosidad y diferenciados en tonos, temas y alcances: Crisis depueblo (Cap. 1). Pueblo sin historia (Cap. 2). El papel de la historia (Cap. 3), El valor del pasado (Cap. 4). La labor de España (Cap. 5), Contra toda Leyenda (Cap. 6), Estructuras y Síntesis (Cap. 7), El eterno retorno (Cap. 8), Tolerancia e integración (Cap. 9), El país de las corazonadas (Cap. 10), La Síntesis cultural (Cap. 11), El Canon histórico (Cap. 12), El petróleo desarticulador (Cap. 13), La importación de modelos (Cap. 14), Inmigración como agravación (Cap. 15), Pueblo con condiciones (Cap. 16) y Crisis de la cultura universal (Cap. 17), más una "Explicación" que integra la pluralidad de ideas, a través del mensaje central del ensayo, en la dimensión de la moral pública colectiva: hacer un llamado "para que se piense una vez más en los problemas contemplados" (p. 245).

La titulación que aquí se ofrece, por supuesto que es personal. El autor numeró los distintos capítulos internos del ensayo, pero no los tituló. Si lo hemos hecho, a motu proprio, ello responde al claro sentido derivable de cada segmento en particular y como cada uno de estos trozos de escritura, tras una apariencia textual fragmentada, está férreamente entrelazado al otro, no sólo por un hilo discursivo subyacente, sino por una articulación lógica que permite armar el rompecabezas de la conformación de la nacionalidad, pieza a pieza que se sueldan entre sí: pueblo, conciencia, tradición, canon histórico, integración, sentido de lo propio, defensa ante lo "ajeno" y la confluencia de estos factores en la "representación" del país.

Cualquiera que siga estos títulos propuestos a partir del análisis textual de los diecisiete segmentos, no sólo se encuentra con un hilo lógico proverbialmente tendido desde el presente histórico hasta el pasado, y vuelta al presente, sino que topa con las estructuras más profundas del pensamiento del autor; con sus juegos, guiños y trampas al lector; también con sus fobias y pasiones y con las coordenadas que, en *Mensaje sin destino*, ponen en contacto toda la obra anterior a este ensayo, ¡incluso aquel discurso de 1919, tan disonante, para muchos, con el resto de su obra!. -Y las grandes obras posteriores a la publicación del mensaje, algunas como "Dimensión y urgencia de la idea nacionalista. (Pequeño discurso sobre venezolanidad y americanidad)" de 1953, en la cual completa y aclara definitivamente el alcance del "mensaje" a los venezolanos en torno a la "venezolanidad" y la inaplazable necesidad de vertebrar el sentido de una "cultura de lo nacional" cuya conformación siente más fuertemente amenazada de día en día.

*Mensaje sin destino* recoge toda la obra escrita desde *El Caballo de Ledesma* (1942) y abre las líneas que culminan en "Dimensión y Urgencia de la idea nacionalista" (1953), *Los Ríveras* (novela, 1957) y el Prólogo a *Ideario Político* (1958), que es su último "prólogo" a la constitución de la nacionalidad, escrito, ya muy enfermo, tras la caída de Pérez Jiménez<sup>3</sup>.

Si insisto en que este texto recoge y reinicia sus líneas temáticas, creo que es porque no basta hablar de coincidencias o preparaciones de las ideas que obsesivamente mostró. Sino de la elaboración de un pensamiento nacionalista que se va construyendo en aportaciones sucesivas, pero cuyo fundamento, núcleo central y valor global se revela todo completo, de golpe, —desde *El Caballo*— y luego irá siendo refinado en su lógica interna y pulido en el modo de exposición hasta alcanzar la completa y bella expresión de *Dimensión y urgencia* (1953), *Aviso a los navegantes* (1953) o el Prólogo, ya aludido, al *Ideario* de 1958<sup>4</sup>.

La fase de elaboración y centramiento del pensamiento nacionalista culmina con *Mensaje sin destino*, pero la completación de las razones históricas y sociales que llevan a nuestra "crisis de pueblo", núcleo central de su pensamiento y doctrina, alcanza su mejor expresión estilística después del *Mensaje*, en obras de fina expresión y tono reposado, aunque llamen siempre, con urgente reclamo, a la integración nacional.

Esta etapa de refinación y completación del pensamiento nacionalista que el *Mensaje* posibilita, se inicia de inmediato, en 1951. Ello se muestra particularmente en dos conferencias dadas ese año: "El sentido de la Tradición" (15-9-1951), conferencia en la Casa del escritor y "Leyenda dorada" (5-10-1951), clase de la cátedra de Historia Colonial en la Universidad Central, y en el prólogo a *Introducción y defensa de nuestra Historia* (1952), obra de compilación de textos en las que se incluyen las conferencias citadas<sup>5</sup>.

- 3 *El Caballo de Ledesma*, publicado originalmente en 1942. Aquí citado por el volumen 7 de *Obras completas* (cfr: Nota 2), pp. 15 a 97. (Reproduce la 3ra. edición, incluida en *Pastón Venezolana*, Caracas, Edime, 1956. (179 p. ), pp. 13 a 91).
- 4 "Dimensión y urgencia de la Idea Nacionalista" es un texto de 1953 pero que aparece agrupado en *Ideario político* (1958) junto a un conjunto de textos, la mayoría de ellos son llamados de atención de angustioso tono, sobre distintos aspectos de la nacionalidad, política, tradición y educación. Aquí citado por la publicación del *Ideario político* en: Mario Briceño Irigorry: *Mensaje sin destino y otros ensayos*, Biblioteca Ayacucho, volumen 126, Caracas, 1988 (Pp. 334 a 362). *Aviso a los navegantes (Tradición, nacionalidad y Americanidad)* (1953), es citado aquí por la publicación en: Mario Briceño Irigorry, *Obras Completas*, volumen 8 *Ideario político y social II (Pensamiento Nacionalista y Americanista)* Ediciones del Congreso de la República. Caracas/Venezuela, 1990 (Reproduce la 1ra. edición de Caracas en Edime. Col. Temas Nacionales 1953, 167 p.). Pp.: 148 a 302.
- 5 *Introducción y defensa de nuestra Historia* (1952) es una compilación de textos varios sobre el tema Historia/Tradición. (Caracas, Tipografía Americana, 1952. 145 p.). "El sentido de la tradición" (Conferencia en la Casa del Escritor, el 15-09-1951) y "Leyenda Dorada" (Lectura magistral en la Cátedra de Historia Colonial de la UCV, el 5-10-1951) aparecen allí. (Aquí citados por la edición en el volumen 126 de Biblioteca Ayacucho. (Cfr. nota 4).

El comentario detenido de *Mensaje sin destino* permite observar esta vinculación entre todas las obras del autor en esta doble y dialéctica relación que él mismo buscó y aquí interesa mostrar: del presente al pasado, para volver, en plena capacidad de comprensión y acción, siempre llevando la acción, el análisis, hasta el centro de esas estructuras sociales y procesos históricos que delimitan y caracterizan cada época en la formación de la nacionalidad. Así, en el prólogo a la segunda edición, el autor da cuenta del sentido global del texto, en la hipótesis de interpretación histórica que lo orienta. Vale la pena detenerse en el comentario de las ideas de ese prólogo, que es una tesis sobre la "venezolanidad":

En mi ensayo lo he apuntado claramente, y en él me duelo de que, por carencia de un recto y provechoso sentido histórico de la venezolanidad, hubiéramos preferentemente utilizado los recursos petroleros para satisfacer bajos instintos orgiásticos, antes que dedicarlos a asegurar la permanencia fecunda de lo venezolano... (Ob. cit. pág. 163).

He ahí las dos líneas maestras dentro de las cuales se desarrolla todo el discurso del autor frente al "quebradizo", cuando no inexistente, sentido de lo nacional: la falta de Historia hace a un pueblo entreguista, fácilmente doblegable. Porque un pueblo sin conciencia de la Historia no tiene en torno a qué ser aglutinado.

Más importante aún, más crítica en su alcance, es la idea del autor sobre las razones por las cuales el venezolano carece de ese sentido histórico:

Pongo énfasis al decir que nuestro empeño de olvidar y de improvisar ha sido la causa primordial de que el país no haya logrado la madurez que reclaman los pueblos para sentirse señores de sí mismos (Ob. cit. p. 164).

Para Mario Briceño Iragorry hay *empeño en olvidar*. La falta de conciencia histórica viene a ser voluntaria.

De ahí la urgencia, la desesperada necesidad de alertar a las élites dirigentes y al ciudadano común a volver a la búsqueda de elementos de la historia que puedan servir de tronco de apoyo al venezolano que pierde día tras día noción de lo propio, noción, por otra parte, que apenas está conformada, entre otras cosas, porque no se tiene apego por el pasado. Aquí se establece un importante círculo de ideas concatenadas: la falta de conciencia histórica obedece a una falta de claridad y sentido de la continuidad delo que fue el pasado—Colonia incluida— para los venezolanos ello favorece la orientación por el presente y este apego a lo meramente cotidiano impide la formación de conciencia histórica, sin la cual un pueblo está siempre en manos del otro:

No considero el pesebre navideño ni el enano de la Kalenda trujillano como factores de esencialidad para la construcción de un orden social: miro en su derrota por el arbolito de navidad y por el barbudo San Nicolás, la expresión de un relajamiento de nuestro espíritu y el eco medroso de la conciencia bilingüe que pretende erigirse en signo de nuestros destinos (Ob. cit. p. 164).

Aquí la dimensión cultural y la dimensión política del problema se tocan, para Mario Briceño Iragorry, con el inicio de la explotación petrolera indiscriminada se entregó el país al imperialismo norteamericano. Así quiso verlo y decirlo. Para él, la importación de usos y costumbres de las naciones sajonas formaba parte de un cuadro sumamente complejo en el cual la pérdida de los valores culturales era sólo uno de los riesgos que corría la nación. Los otros tenían que ver con la pérdida de la identidad económica, política y social. Lo cual, a su vez, alejaba, cada día más rápido y en mayor grado, la posibilidad de constituir ese "canon" histórico sin el cual el proceso de vertebración de la nacionalidad se haría absolutamente imposible. De ahí, el sentido de la urgencia y la angustia con que escribe el *Mensaje*:

Ya no es sólo el derecho de hablar que legítimamente me asiste como ciudadano, sino una obligación cívica, que sobre mi pesa, lo que empuja mi discurso (Ob. cit. p. 169 subrayado nuestro).

El autor se siente y sabe, quiere serlo, voz y conciencia de alerta por la nacionalidad que ve en proceso de disolución y pérdida porque nunca ha estado plenamente constituida, nunca sentida ni asumida abiertamente. Pero su escritura no quiere ser pesimista:

"Llamo al vino, vino, y a la tierra, tierra, sin pesimismo ni desesperación". Así se desprende del análisis de toda su obra y en particular de este ensayo cuyo título, *Mensaje sin destino*, parece pesimista. Pero el propio autor sale al paso a esta interpretación, al señalar, pág. 236, que es un llamado abierto, sin interlocutor fijo. "Sin destino" alude, así, a sin destinatario determinado, pues busca hablar a todos los venezolanos, a quienes intenta aleccionar ante el proceso de disolución de costumbres que es base de un proceso más crítico: la disolución de la nacionalidad incipiente y quebradiza. Así, la intención didáctica, moral y política del texto es expresa y desde la voz del autor se intenta ese llamado de difícil resonancia, pero de impacto posible, no importa contra qué haya que luchar:

Aunque quedaran visibles en la plaza pública sólo los míos, yo desearía servir a una cruzada nacional que se encaminase a disimular, para mayor prestigio de la patria común, los posibles errores de mis vecinos, que miro también por míos en el orden de la solidaria fraternidad de la república (Ob. cit. págs. 165-166).

Aquí el ciclo se completa con la inclusión por vez primera de lo que constituye su fuente de angustia personal mayor: la absoluta falta de concordia interna y de armonía social entre los venezolanos. Quienes, tras una "ilusión de armonía" se dedican de hecho "a la mutua destrucción" y la complacida exposición de los "yerros del vecino" (Ob. cit. p. 167).

Esta mirada autoral radicalmente crítica, pero optimista, por partir del estudio de las condiciones de ocurrencia de los fenómenos y de los procesos sociales, ha sido posible por incluir en ella la mirada de otros: "a los demás

pedido prestada su luz; y el juicio de mis ojos así sea opaco ante los otros, lo expongo al examen de quienes se sientan animados de una común inquietud patriótica" (Ob. cit. p. 165).

Esa colección de errores que es la nación venezolana, cada venezolano parece dar lugar a un error con sus acciones, está llamada a la solución si, en el yerro del vecino vemos nuestros yerros porque no son errores de hombres, sino de conductas y de procesos. El mensaje final del ensayo, desde el prólogo, ata indisolublemente lo humano individual a los procesos históricos. Con ello abre el camino a la solución de la "crisis de pueblo" que es lo que lleva al autor a la alarma desde la cual escribe:

"Y cuando sintiendo también por suyos los yerros del vecino, se adelanten no a pregonarlos complacidos, sino a colaborar modestamente en la condigna enmienda".

Así señala el párrafo final del prólogo, centro del discurso del escritor. A lo largo de cada uno de los capítulos que siguen dará cuenta de los "yerros" y de los procesos que a ellos conducen. De la lectura reflexiva y "condigna" de esos yerros dependerá, ello es esencial para el escritor, su superación.

Así, en el capítulo 1, al reseñar el llamado a la reflexión hecho por Uslar Pietri, a partir de la crisis de la Literatura venezolana en 1950, el autor es enfático al afirmar que, aunque hay crisis de letras, las crisis de Literatura son crisis de cultura, las de cultura lo son de Historia, como representación de un ciclo de creación en lo imaginario y en lo estructural. Y las crisis de Historia lo son de pueblo:

La crisis literaria cuya investigación ha promovido Uslar Pietri, existe de manera visible y audible, pero ella, aunque pudiera explicarse fácilmente, tanto por deficiencia de recursos, como por la falta general de ligámenes entre el escritor y el ambiente nacional, no es sino el aspecto más pequeño, quizá, de un fenómeno general: En Venezuela, desgraciadamente, hay, sobre todas las crisis, una crisis de pueblo (Ob. cit. p. 168).

Pueblo no es una entelequia, es un conjunto humano sin educación, trabajo, participación política, sin tradición, sin sentido de la nacionalidad. Y ello se manifiesta, patéticamente, desde esa "mirada del otro" que nos construye en la indeterminación fomentada por la intervención adulteradora, frente a la cual no parecemos capaces de reaccionar.

Y justamente no somos "pueblo" en estricta categoría política, por cuanto carecemos del común denominador histórico que nos da densidad y continuidad de contenido espiritual del mismo modo que poseemos continuidad y unidad de contenido en el orden de la horizontalidad geográfica (Ob. cit. p. 169).

Esto viene a decir algo muy importante: los venezolanos no somos venezolanos y ello obedece, recuérdese la hipótesis que orienta toda la obra del autor, explicitada en el prólogo de este *Mensaje*, a que:

Venezuela, pese a su historia portentosa, resulta desde ciertos ángulos un pueblo antihistórico, por cuanto nuestra gente no ha logrado asimilar su propia historia en forma tal que pueda hablarse de vivencias nacionales uniformes y creadoras, que nos ayuden en la obra de incorporar a nuestro acervo fundamental nuevos valores de cultura, cuyos contenidos y formas, por corresponder a grupos históricamente disímiles del nuestro, puedan adular nuestro genio nacional (Ob. cit. p. 168).

Aquí se muestra, de alguna manera, una ambigüedad: ¿Se trata de un pueblo anti-histórico o a-histórico? Pues el autor hace ver cómo lo histórico no es factor de aglutinación porque el venezolano ha "construido" una historia épica, poco eficaz para el desarrollo de una *conciencia histórica*.

Ello es el resultado de haber asignado una importancia castradora al pasado "con cuyo rígido esplendor se ha creído compensar nuestras carencias sociales de pueblo" (Ob. cit. Cáp. 2p. 170).

Y contra esa historia poco eficaz, arremete: "no los anales de los patricios ni de los guerreros", "como colectividad siente poco el pueblo la sombra de sus esfuerzos sobre los muros del tiempo" (Ob. cit. p. 170). Y eso es lo que resulta de verdadera urgencia: vincular presente y pasado a través del desarrollo de una conciencia histórica. Para Mario Briceño Iragorry, a la falta de Historia, falta de conciencia nacional, y sin ésta resulta imposible la cabal conformación de la nacionalidad.

Venezuela resulta un pueblo a-histórico, aún no capaz de construir un canon histórico entendido como "un grupo vigoroso y uniforme de valores históricos, logrados como fruto de una comprensión integral- de sentido colectivo- de nuestro pasado nacional" (p. 171).

Se trata de vivir la historia como imaginario colectivo. Que el pasado histórico sea, como Enrique Bernardo Núñez busca con su escritura, memoria colectiva: recuerdo vivido en imágenes con sentido, capaces de aglutinar hacia adentro y de repeler hacia afuera los ataques a la nacionalidad.

La relación con Bolívar, figura central de lo que debería constituir la dimensión histórica del imaginario colectivo, tiene que ser necesariamente revisada. Imitar el sentido de las acciones del héroe, reorientar la acción pública por el lema de vida de Bolívar es la única forma de ser eficaces en la honra a su memoria, que el autor ve sesgada por un culto paralizante:

Bolívar prometió vencer desde una actitud humana la oposición del universo a sus sueños de libertad. Si los venezolanos hubiéramos tomado como lema de acción la consigna de Bolívar, otro habría sido el destino de nuestro pueblo (Ob. cit. p. 173).

Hay, sin embargo, un párrafo que precede a estas frases, en el cual el autor fija posición frente al papel "performativo" que, para la conformación de la nacionalidad, tiene la "representación" del héroe en términos míticos:

No desdigo de que ciertos hechos de la vida de Bolívar se lleven a la luminosidad del mito: el pelotazo al birrete del futuro Fernando VII, el juramento en el Monte Sacro, el



delirio en el Chimborazo, el salto sobre el Tequendama, así estén en tela de juicio, dan contornos de eficacia creadora a la figura del padre inmortal.

De eso se trata cuando se habla de las figuras y acontecimientos históricos como instancias "performativas"<sup>6</sup>. De identificar, su eficacia para proveer de motivos creíbles, que no necesariamente "reales", el *imaginario colectivo*. La "eficacia creadora" del padre inmortal para la conformación de la nacionalidad está en ser una *estructura simbólica* en torno a la cual reunir, lo que para Mario Briceño Iragorry es unir, a los venezolanos entre sí.

En la escritura de pensamiento de Mario Briceño Iragorry aparece con claridad la diferencia entre las varias dimensiones en que se mueven -se deben mover- las figuras históricas para una cultura.

El escritor distingue claramente al Bolívar histórico, persona y personaje público, de acciones militares y políticas susceptibles de análisis y de juicio, junto al Bolívar de "carne y hueso", el hermano de María Antonia, un caraqueño mantuano, y ese Bolívar que, necesariamente, tiene que ser considerado como "ícono histórico", pero que, aun como ícono histórico, como héroe de la mitología nacional, ha sido despojado de funcionalidad histórica y social plenas al haber reducido el papel simbólico de sus acciones a lo meramente "teatral" de la gesta de independencia.

Quedarse con el carácter estrictamente teatral de la Historia, produce el efecto no deseado de petrificar en torno a un orden estático, que es lo que parece interesar a los personeros del "culto a Bolívar", a fin de despojar de su carácter funcional al héroe.

Cuando Wolfgang Iser señala el "carácter performativo" de las "representaciones" alude a ambas dimensiones: la teatral (estática), y la funcional (dinámica).

En el caso de nuestros grandes héroes vistos como "íconos históricos" estaríamos considerando estas dos dimensiones: la teatralidad de la gesta de Independencia, retratada en la escritura del gesto, del hermoso uniforme, del ruido de sables, de las muertes heroicas, del "vuelvan caras", en vez del "vuélvanse, carajo!" de Páez, y la funcionalidad social y cultural de "esa teatralidad" que estaría en el papel de aglutinar en torno a estos hechos para trascenderlos desde un sentido de pertenencia en lo que nos es común. Esto, para el autor, no parece darse en forma alguna, y la exaltación mítica de los héroes queda en el plano del culto litúrgico, paralizante a efectos de mover las voluntades para emprender acciones fecundas en el presente.

---

6 En los términos señalados por Wolfgang Iser, en: *Acts of representation*, Murray Krieger editor. Stanford University Press, 1993-1987.

Hemos visto más a la liturgia de las efemérides que al permanente *valor funcional* de la Historia como creadora de actos nuevos. Hemos dado preferencia a la parte teatral de las circunstancias sobre los propios fines y resultados de éstas. A Miranda, a Bolívar, a Sucre, a Páez, a Vargas consagramos toda nuestra devoción cuando acaecen los ciclos cronológicos de sus vidas. Después de haber exaltado hasta la hipérbole histórica el mérito de sus existencias magníficas, seguimos la vida cotidiana como si ninguno de los grandes pensamientos de ellos valiera la pena de ser tomado por empresa para lo común de nuestro quehacer de ciudadanos (Ob. cit. p. 175).

A este despojo del verdadero valor simbólico de los héroes, se une lo que considera un drama de nuestra escritura histórica: la negación del sentido de continuidad histórica, fomentado por los que "confundiendo tradición con involución, han querido ir, en aras del progreso, contra los valores antiguo" (p. 175).

Se refiere a los que como Zumeta, o Enrique Bernardo Núñez, niegan de plano toda posibilidad a la revalorización de la Colonia como parte de la Historia Nacional.

La diatriba sin examen contra lo formativo español y el repudio de nuestros tres siglos de colonia, han intentado descabezar la historia nacional" (Ob. cit. p. 177).

"En historia no hay cesura, su ley es la continuidad" (p. 177).

En esta "Ley histórica" está la clave de comprensión, para el autor de los procesos y acontecimientos históricos como factores de conciencia histórica, cuya ausencia desemboca en "crisis de pueblo".

Sin continuidad no hay tradición, y es la tradición, el apego a ella, lo que dota de ese "sentido de la pertenencia", "de ser parte de algo", sin el cual una nación no puede ser tomada como tal.

Buscar las raíces históricas de la comunidad es tanto como contribuir al vigor de los valores que pueden conjugar el destino y el sentido del país (Ob. cit. p. 179).

Y agrega, pocos párrafos más adelante: "traer al plano del presente los valores antiguos para extraerles su contenido de futuro, no es negarnos a cumplir nuestro destino de la hora".

Sobre esta idea volverá obsesivamente a lo largo de toda su obra y se detendrá más de una vez en el resto del *Mensaje*.

Mas, no debe entenderse que la tradición sea una actitud estática y conformista, que convierta a los hombres nuevos en meros y necios contempladores de los valores antiguos (Ob. cit. p. 181).

Aunque este es concepto central en su discurso nacionalista, y la relación entre tradición, continuidad histórica y conciencia nacional está claramente establecida a lo largo del texto aquí en análisis, no queda claro cómo puede lograrse la ambiciosa meta de ser fuertemente apegados a la tradición sin caer en el involucionismo o en la sobrevaloración de valores, uso y costumbres tradicionales.

La vinculación entre los tiempos históricos; el presente y el pasado y el sentido integral del pasado son esenciales signos de existencia colectiva. Dotan de coordenadas a la conciencia histórica: fuimos, somos, son usos verbales que expresan sentido de la pertenencia al todo nacional.

Son muestra de la conciencia histórica que, para el autor, es siempre capacidad de defensa frente a los factores de disolución de lo propio. En este orden de ideas, para Mario Briceño Iragorry:

Tradición es fisonomía, tono, genio, carácter que diferencia a los grupos y les da derecho a ser tomados en cuenta como unidades de cultura (Ob. cit. p. 182).

Y esa es la preocupación esencial del autor en este texto y en toda su obra: la defensa de los intereses nacionales frente al "ataque" externo.

Por eso sin conciencia histórica no hay, como dije antes, sensibilidad para distinguir lo que atente contra los valores colectivos (Ob. cit. p. 182).

¿Aguenta su concepto de tradición la prueba de tesis de Eric Hobsbawm? ¿Estaría de acuerdo Mario Briceño Iragorry con las ideas de Linnekin y Hobsbawm sobre la permanente reinvenición de la tradición y de lo que una cultura valora como "tradicional"<sup>7</sup>. No lo creo así. Sin embargo, si la idea de tradición no queda plenamente clara en su estructuración interna como concepto, sí parece quedar muy bien establecido el papel social de la creencia colectiva en torno a lo que un pueblo considera sus tradiciones.

Lo que interesa a Mario Briceño Iragorry es la capacidad de los pueblos de vincularse en torno a factores que den sentido de pertenencia al "colectivo".

La aceptación de valores históricos comunes en perspectiva de continuidad (vinculación de los tiempos históricos, aceptación de todos los tiempos y épocas como parte del "todo" que es la historia nacional) y la identificación de los factores sociales, culturales y humanos que posibilitan la vinculación entre "nacionales" es lo que interesa al autor por encima de cualquier otra consideración.

En los capítulos cinco y seis pasa revista a esos factores que, en los Estados Unidos, dotan de profundo sentido nacional todo lo que se realiza en ese país, (Cap. 5) y de cómo resulta condenable la negativa de muchos analistas venezolanos a revisar la historia nacional con sentido de plena continuidad histórica. Lo cual en nuestro país, pasa, para él necesariamente, por el reconocimiento del vínculo con España y la matriz cultural europea (Cap. 6).

---

7 Erick Hobsbawm y Joselyn Leinekin problematizan desde adentro el concepto de Tradición al proponer que la tradición se inventa. (Véanse, respectivamente, *The Invention of Tradition*, Cambridge University Press, 1983 y "Tradition, Genuine or Spurious", en *Journal of American Folklore*. Vol. 97, Nº 385, 1984).

A partir del capítulo siete, reinstala el centro de su pensamiento en el sentido de la totalidad histórica como base de la conciencia nacional.

Para la formación de una conciencia nacional es necesario confiar más en el poder creador de las síntesis que en los frutos aislados y severos del análisis (Ob. cit. p. 193).

Pero faltan las estructuras ideales —super estructuras y símbolos— que motoricen pasiones y reflexiones para la aglutinación y no, como ve en la Venezuela de su época, para la disgregación social.

Todo conjunto social debe ser "pueblo" en sí mismo (p. 194) no un colectivo de "toeros" superficiales (p. 198), que convierten al pueblo en presa fácil de manejar al antojo de intereses foráneos y de falsos valores nacionales. (p. 199).

Y vuelve, por ello, al papel aglutinador de la tradición y del apego al sentido del pasado, para el establecimiento de las líneas de identificación cultural de la nación.

La "fisonomía" popular deriva de la capacidad que tenga la comunidad para asimilar los varios valores fundidos en el disparate troquel de la historia (Ob. cit. p. 201).

Al comentar estas ideas, Briceño Iragorry magnifica el papel de la tradición como factor de integración nacional, ante la pérdida de la fuerza social de la magia y de la religión:

Hoy, según Erich Kahler, sólo queda la tradición como "religión profana" que sustituya la fuerza de aquellos poderes mágicos (Ob. cit. p. 201).

Saberse parte de un proceso que viene de "atrás" y proceder en consecuencia es esencial para superar las crisis del presente. Pero los venezolanos de todas las épocas parecen haber obrado en la dirección contraria y los asuntos de interés colectivo parecen ser manejados en función exclusiva del cambio: al no sentirse parte de una todo, cada venezolano busca recomenzar la historia (p. 202).

En el capítulo nueve hace un explícito llamado a la concordia y la armonía y pone como ejemplo a los Estados Unidos, donde hombres e ideas, más allá de las diferencias, en última instancia son puestos en función del interés nacional. Igual parece ocurrir en Colombia. Pero no ocurre así en Venezuela, donde, "hasta en el área de la cultura somos siempre el país de las corazonadas".

Los venezolanos parecen odiarse entre sí.

Difíase que nuestro pueblo padeciera de sarcofagia moral y que, para saciarla, los escritores le ofrecieran cadáveres por alimento literario (Ob. cit. p. 210).

Para el autor, una vez más, ello obedece a la falta del verdadero sentido histórico:

En verdad la historia no ha realizado entre nosotros su verdadera función de cultura y el pueblo vive aún en la linde mágica de la liturgia de efimérides" (Ob. cit. p. 210).

Por ello se afanará en el deslinde de los factores sociales e históricos que han procurado esta vocación autodestructora y que él atribuye, capítulo once, a la pérdida del sentido de totalidad y de la pertenencia, a la ausencia de conciencia histórica, hasta aquí expuesta, y a un factor netamente social, que introduce a partir del segmento once y al cual llama "falsa estimativa de la igualdad" que, si bien sustentada en factores históricos constatables:

La vocación igualitaria del criollo creció en razón del nivel doloroso y fraternal creado por la guerra a muerte, la cual junto con la devastadora guerra federal, forjó la democracia social que caracteriza a nuestro pueblo (Ob. cit. p. 212).

Esta vocación igualitaria, entendida como "falsa estimativa de la igualdad" (pp 212-213) ha derivado en la anarquía indisciplinable y la desagregación mental que son reatos dolorosos de la sociedad venezolana y que sumados a la carencia de vertebración moral ocasionada por nuestra imperfecta asimilación de la historia, explican nuestra crisis de pueblo, causa y efecto de las otras crisis que tratan de investigar los críticos: responsabilidad, jerarquía, urbanidad, literatura, libertad, economía, institucionalismo" (p. 214).

He ahí ya globalmente formulada la tesis central del ensayo, en la que convergen las líneas de crítica que ha venido desarrollando desde 1942 (*El Caballo de Ledesma*) Urge la definición del canon histórico y clama por él: (pp 217/218)

Río que viene de atrás, el pueblo, para su expresión fecunda en el área de una nación, reclama símbolos que lo personalicen. Por ello toda colectividad nacional, del mismo modo como tiene escudo y bandera que la representen, necesita signos morales que le den perfil en el orden universal de la cultura. Tales signos sólo pueden formarse con los elementos que forja la historia a través de una comunidad de gloria y de dolor (Ob. cit. p. 217).

Se trata de dotar de signos de unión frente al "enemigo externo" (Ob. cit. p. 218).

Pero lejos de avanzar en el camino de su búsqueda los riesgos parecen multiplicarse. El petróleo viene a convertirse en un factor más de desfiguración de lo nacional (p. 221).

En el análisis del papel desarticulador de la identidad cultural desde adentro de la nación, y en el cual hay planteamientos de interés (p. 222), el autor cae, sin embargo, en la confusión de tratamientos y niveles de análisis, al tratar medidas económicas como medidas "morales" y "políticas" contra la nación (tal como se advierte en las notas al pie de las páginas 223 y 225) en las cuales, con legítimas críticas sobre el desarticulador proceso de explotación petrolera, se mezclan comentarios poco fundados sobre la relación entre exportación e importación en los países petroleros.

El tratamiento del papel desarticulador del petróleo en el terreno de la identidad cultural y la formación de una economía rentista no alcanza el nivel

que el autor logra dar a estos procesos en la novela-ensayo *Los Riberas*. Obra esta que Germán Carrera Damas considera singular como intento de análisis socio histórico del "Proceso de formación de la burguesía venezolana" (Germán Carrera Damas, 1978, Ob. cit. pp. 11 a 85)<sup>8</sup>.

En los siguientes segmentos del texto se detiene Briceño Iragorry en la sustitución de modelos propios del quehacer social por modelos foráneos. Los cuales, en muchos casos, como en el de la sustitución de la música criolla por la música bailable del caribe (p. 227), no logra demostrar las implicaciones disolventes de esas nuevas "modas" y se queda en comentarios de tipo personal que, de alguna manera, no trascienden el orden de un tradicionalismo cerrado de corte estrictamente afectivo o de preferencias estéticas o de gustos personales (p. 229).

Incorpora, con acierto, el papel que pueden tener las masas inmigrantes que han comenzado a llegar en los años cincuenta y establece cómo estas "masas nuevas" —cuya llegada al país no rechaza— pueden contribuir a la agravación del poder disolvente de los factores internos de desintegración actuando, así, contra la indispensable y anhelada síntesis cultural:

¿Podrá nuestro pueblo, sin riesgo de sus débiles y tan quebrantados atributos nacionales, asimilar las masas nuevas? (Ob. cit. p. 231).

En esta casi imposible habilidad de integración interna, la ausencia de Historia (232) se afina en la ausencia de sentido geográfico: "El venezolano no tiene la "pasión del paisaje" (p. 233).

Nuestro problema en este caso es de doble radio. Debemos remediar de una parte nuestra crisis constante de unidad, y de la otra, buscar centro de gravedad nacional a las nuevas masas humanas que se juntan al orden de nuestra actividad geográfica (Ob. cit. p. 233).

Explicado el alcance de su preocupación ante la creciente oleada inmigratoria, y partiendo siempre del *débil sentido* de lo nacional, pasa al último e importante punto en que son delineados los rasgos de una época de la vida venezolana que podría ser caracterizada como "edad de los problemas".

Problemas inmensos que confluyen en dos grandes dimensiones: crisis de sus valores sustantivos (orden fundamental) y problemas de las más variadas razones desde adentro y desde el exterior del sistema social. Esta conjunción de factores estructurales y factores ideales lo lleva a la pregunta que centra el penúltimo de los capítulos: ¿Cómo unirnos para la defensa de nuestro "canon" histórico y de nuestros intereses nacionales cuando pululan las circunstancias que nos conducen a la feroz discordia?

---

8 Germán Carrera Damas, en: *Tres Temas de Historia*, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central, Caracas, 1978 (2da. Edición). ("Proceso a la formación de la Burguesía Venezolana", pp. 11 a 85).

La respuesta está en la búsqueda estructurada de la unidad desde la única dimensión que la haría posible: La Historia.

Con la explicación de este papel de la Historia como dimensión de la integración nacional que llevaría a la concordia y a la paz social se centra el discurso del mensaje y se señala su destino final:

Tomando al tema que sirve de fundamental motivo a este diálogo sin interlocutor determinado, diré una vez más que la Historia, tomada como disciplina funcional y no como ejercicio retórico, tiene fuerza para elaborar las grandes estructuras que hacen la unidad consensual del pueblo. Sobre esa unidad de conciencia descansa el "canon" que da fijeza a las naciones y evita la relajación que provocaría en el genio nacional el sucesivo cambio de las condiciones de vida (Ob. cit. p. 236).

Y ahonda el alcance y sentido de esas afirmaciones:

Como realidad humana, la Historia, ya lo he dicho, no sólo mira al pasado para desenredar hechos y pulir tradiciones, sino también a la prosecución de los valores de la cultura. Un pueblo, es por ello tanto más histórico cuanto mayor vigor y penetración en el espacio y en el tiempo han alcanzado los "cánones" que conforman y dan unidad genio colectivo (Ob. cit. p. 236).

No importa cuan grande y cargada de glorias y aciertos seala Historia de Venezuela. No ha sido asimilada por el pueblo "de manera que sirva como espina dorsal" para dotar de estructura a la nación.

Por eso nuestra colectividad carece de resistencia que le permita luchar contra los factores disvaliosos que se han opuesto, una por los abusos de la fuerza, una por los desafueros de los demagogos, y permanentemente por la mala fe de muchos de sus mejores hijos, para que opte una conducta reflexiva que lo lleve, tanto en el orden interno como en la relación exterior, a una recta concepción de la libertad, de la dignidad y del poder (Ob. cit. p. 236).

El segmento diez y seis en el cual se ubican estos pasajes alcanza una enorme importancia porque el discurso del autor se mueve del plano simbólico (ausencia de estructuras ideales) al plano de las estructuras históricas (forma en que se desarrollaron los procesos de independencia política) y el plano de la moral individual (entrega a los apetitos caudillescos) ello teje la red de situaciones en que el pueblo venezolano "ha pasado sus mejores años olvidado de sí mismo, de su deber y de su historia" (P. 237).

Por eso el escritor se ha dado a la tarea de enviar el "mensaje", como una reflexión en voz alta ante un colectivo del cual forma parte:

Ayudar al pueblo es por ello nuestro deber presente. A un pueblo que no está por debajo de nosotros, en función de supedáneo para nuestro servicio, sino del cual nosotros somos mínima parte y expresión veraz. Debemos ayudarlo, no a que grite, como aconsejan los demagogos, ni a que olvide sus desgracias, como indican los conformistas del pesimismo, sino a que reflexione sobre sí mismo, sobre su deber y su destino (Ob. cit. p. 239).

El último de los capítulos del ensayo, en el que se detiene sobre la crisis de la cultura universal, sirve para poner en perspectiva los problemas del país que ha estado considerando a lo largo de todo el texto. El balance no es favorable:

En medio de esta gran crisis de la civilización universal, sigue, agrandada por aquella, su curso fatal la crisis de lo privativo venezolano (Ob. cit. p. 243).

Pero el escritor se eleva por encima de cualquier tentación de pesimismo y se impone la salida que es su último llamado:

“Procuraremos a todo trance que nuestra agonía no sea para morir, sino para salvar el irrenunciable derecho de nuestro pueblo a la libertad y la justicia”(Ob. cit. p. 243).

Por último una *Explicación* en breve página final en la cual asume su responsabilidad de escritor y busca establecer los únicos límites de interpretación que desea para el mensaje dirigido a los cuatro vientos como “un deber ciudadano”.

Acertadas o en yerro, estas reflexiones escritas a la rústica, pues son otros los que tienen el dominio de los temas aquí tratados, sirven al menos para que se piense una vez más en los problemas contemplados (Ob. cit. p. 245).

En 1942 aparece un original y fascinante libro de Mario Briceño Iragorry: *El Caballo de Ledesma*. Si lo he tratado aquí de original y fascinante es porque constituye una de las manifestaciones más personales de su escritura de la nacionalidad. Por temas y por intenciones es un texto al que muy pocos escritores han llegado cerca en el país. Le mereció, incluso, muchos aprietos: ¡Eso de proponer para el olimpo patriótico, como uno de los grandes fundadores de la patria a Alonso Andrea de Ledesma, un español de capa y espada, de adarga y morrión, es algo por demás original, si no arriesgado!. Pero así fue, y en el texto en el que propone tal modelo de vida y conducta social, denominado: “El Jinete Solitario” (primer capítulo de *El Caballo. . .*), señala con minucias porqué ese español, como *imagen y representación* de la conciencia de apego a lo propio, debe ser rescatado para su incorporación al imaginario colectivo del venezolano, tan débilmente constituido. Mario Briceño Iragorry intenta ese rescate, jugando con la imagen del Quijote y de las felices coincidencias entre nombre y procederes. Alonso Andrea de Ledesma es uno más de los fundadores del Tocuyo, Trujillo y Caracas.

Sobre el puesto que ocupó Alonso Andrea de Ledesma en la jerarquía de los conquistadores y fundadores de las primeras ciudades no quiere dar mayores cuentas Mario Briceño Iragorry, porque lo que le interesa de este Quijote “americano” es su puro papel de símbolo:



Tuvo Ledesma el grandor común de los conquistadores del siglo XVI. El conquistador es un arquetipo. Expresa la angustia de un pueblo que se echó a dominar el mundo. Mezcla de cruzado y de argonauta en que se resume la fiera piedad del español ("La agonía del héroe", en *El Caballo de Ledesma*, Ob. cit. p. 75).

Es eso lo que interesa rescatar para la dimensión simbólica del imaginario colectivo. Por eso insiste ante Walter Dupouy, biógrafo de Ledesma, en carta publicada como "La Agonía del héroe", texto arriba nombrado, que no resuciten a la persona humana e histórica de Alonso Andrea de Ledesma:

Porque, en verdad, la vida de nuestro héroe comienza cuando se adelantó al encuentro de Amyas Preston (Ob. cit. p. 75).

Y le reprocha casi muy duramente a Dupouy por escribir sobre el Ledesma vivo: "Me atrevería a decir que nuestro Ledesma, como símbolo magnífico, no necesita el recuento de sus hazañas de vivo" (Ob. cit. p. 76)

Le interesa, obvio es, el puro valor representacional de la figura de Ledesma. Así, continúa en ese mismo texto: "Ledesma ilumina nuestra historia desde su yascencia de cadáver" (p. 76).

Sobre los hombros de los corsarios y entre clarines y tambores a la sordina regresó a Caracas, a su Caracas, el héroe inmortal. Había asombrado con su arrojo al propio enemigo. Y el enemigo no podía, como buen inglés, dejar de honrar el valor temerario del anciano. Nada vale lo que hubiera podido hacer Ledesma en el conjunto anónimo de los forjadores de la *nueva nacionalidad*. Su obra es su agonía. Su obra no fue para derrotar al corsario de entonces, sino para vencer al corsario que ha amenazado siempre a la república. Al corsario de la indiferencia, del fraude y de la simulación, que se escurre entre hombres sin valor para abrazar la verdad (Ob. cit. p. 75).

Hemos reproducido el pasaje completo porque en él se da amplia cuenta de lo que le interesa al autor con el rescate del olvido de esa figura —deliberadamente construida por él como quijotesca— ello es: la identificación de símbolos propios de la dimensión histórica, para la identidad cultural desde el pasado lejano; la revalorización de figuras positivas de la españolidad (dimensión hispánica de lo latinoamericano); vinculación de valores del pasado con el presente para dar sentido de continuidad a la escritura de la Historia de Venezuela, establecer ejemplos de vibrante heroicidad moral, (Ledesma corre el máximo de los riesgos en defensa de lo que cree jus-to); proponer modelos de conductasocial legítima ante la invasión despojante, cualquiera sea la época. Y, en suma, lo que más le interesa: proponerlo como elemento del imaginario colectivo, al que parecen faltar estructuras ideales capaces de ser leídas y asumidas por los venezolanos de todos los tiempos:

Ledesma no es un hombre que haya de mirarse en la fábrica de la ciudad material. Ledesma es el obrero de la ciudad ideal. De la ciudad que hacen los símbolos. De la ciudad que aún se empeñan en contornear los héroes que ayer sacrificaron su vida por darnos independencia y dignidad. Bolívar, Urdaneta y Vargas aún están fraguando los muros de la república. No están ellos muertos como lo entienden los cultivadores de

cementerios históricos. Son existencias permanentes. Y *Ledesma los compendia a todos*. Es el hombre que vivió al morir. El hombre que ganó en un minuto de hroicidad la permanencia de la gloria ejemplar. Su lección es su agonía (Ob. cit. p. 76).

Continua, ampliando las razones por las cuales le interesa Ledesma a partir de su muerte: "Porque la vida de Ledesma es su muerte".

Al morir salvó su alma para la inmortalidad viva de la Historia. No hubiera salido, tomado del espíritu del Quijote, al sacrificio estupendo, y las páginas de la Historia lo mencionarían como número apenas entre los valientes capitanes que conquistaron la tierra y empezaran la forja de la patria nueva (Ob. cit. p. 77).

Eso es lo que importa a Mario Briceño Iragorry con el rescate de la figura de este español, de entre los muchos que fundaron ciudades y defendieron poblados y fortines: la proposición de un símbolo para el imaginario, de ahí el énfasis en el rescate de Ledesma como personaje de la Historia y no como persona que vivió en una época cualquiera. De ahí su obsesión por mantenerlo en la dimensión puramente "representacional" de sus acciones.

Ledesma es un gesto. Aún más, Ledesma es un gesto de *Quijote*. Y así quiere Mario Briceño Iragorry que sea leído. Por eso en el prólogo a *El Caballo de Ledesma* (Ob. cit. p. 19/20), en el epígrafe (Tomado de *Don Quijote* en su primera salida) y en el ya citado primer ensayo del libro: "*El jinete solitario*" (Ob. cit. pp. 27/30). Se complace en elaborarnos la semejanza entre el Quijote y el valeroso conquistador. Alonso Andrea de Ledesma, se llama Alonso, como el Quijano, y es flaco, y viejo y enjuto, y no tiene más motivos que sus sueños de libertad, de justicia y de grandeza en la hombradía:

Enjuto en su añosa contextura que resistió el bravo batallar de la conquista, el indomable hidalgo no miró a la muerte sino a la dignidad de su persona, y volando la pierna, en un último esfuerzo de hombradía, al viejo caballo de que se acompañó en los agrios trajines de las fundaciones, salió a enseñar una lección de ámbito perdurable. Ambos a dos haban deambulado por las soleadas llanuras de la Mancha. El era de la poco numerosa, pero sí indestructible, familia de Alonso Quijano. Con las aguas del bautizo había reafirmado el parentesco espiritual con tamaño padrino (Ob. cit. pp. 27/28).

Hay que detenerse en algo más. No en balde el autor rescata ese parentesco espiritual entre Quijote y Ledesma.

A través de ese vínculo intertextual se está haciendo una vía para el reconocimiento de lo "arquetipal" europeo que a América Latina llega a través de España, y de "lo hispánico", como esencial componente de la cultura que, por síntesis, se produjo en los territorios de la América del Centro y del Sur.

El rescate de esos componentes de lo "arquetípico" europeo en lo español, que es el paso de lo milenarío de la cultura occidental a América, es una obsesión para el autor.

La elaboración y proposición de esas señas de identidad cultural desde lo hispánico le propiciaron múltiples problemas intelectuales. Fue criticado por hispanófilo y por contribuir al relanzamiento de la Leyenda dorada. De estos ataques se defendió en múltiples formas. Muy particularmente en la lección inaugural de la Cátedra de Historia Colonial que dictase en octubre de 1957 en la Universidad Central de Venezuela y que llamó: "Leyenda Dorada". En esta lección fija posición frente a la Leyenda Dorada, la cual no acepta, como tampoco acepta la Leyenda Negra, e intenta el desarrollo de lo que resultará de verdadero interés para la estructuración de la dimensión hispánica de la identidad cultural venezolana: el señalamiento de motivos de integración de lo venezolano desde el legado de la vieja tradición hispánica: rebeldía, individualidad, cultura católica, castellanía literaria y el trasbase de lo universal europeo: España es factor de identificación cultural común como el "helenismo" o la "latinidad" lo son a Europa.

Claro y tendido os he hablado de lo que significa el hispanismo como elemento creador de signos que aún pueden dar fisonomía a nuestra América criolla, amenazada de ruina por el imperialismo Yanqui y por el entreguismo criollo (Leyenda Dorada 1951) en: *Introducción y defensa de nuestra Historia* (1952. Edición de Biblioteca Ayacucho, p. 151).

He allí porqué la proposición de ese símbolo ejemplarizante e integrador de Alonso Andrea de Ledesma, amén de su gesto moral.

Pero Mario Briceño Iragorry, desde esos bellos textos con sabor de crónicas de Indias y novelas de caballería que conforman *El Caballo de Ledesma*, rescatado el símbolo del Quijote conquistador, no pide a los venezolanos del momento que sean imitadores del Ledesma hombre, sino de las acciones del Ledesma héroe. Por eso los textos se agrupan en torno a *El Caballo de Ledesma* y no en torno al jinete heroico. Porque quiere jinetes comunes que monten ese caballo representado por la acción libertadora y defensiva del viejo conquistador.

Si Ledesma representa lo bello, lo valioso y lo mítico de lo hispánico, su caballo representa el conjunto de sus acciones: su *carrera* hacia la libertad.

El autor, una vez más, no es pesimista, y así lo hace saber a los lectores implícitos y a los interlocutores que, como José Nucete Sardi, Walter Doupuy, Carlos Augusto León y amigas y amigos no identificados, dedicada uno de los capítulos. Dice expresamente en el capítulo titulado "No temer la libertad" y dirigido a la secreta amiga que ha sido recipiendaria de la mayoría de los textos:

Recuerde cómo desde el principio porfiaba a convencerla que nuestro caballo tendría jinetes. Sabe Ud. que no soy pesimista y que, si reconozco y denuncio nuestra inmensa deuda social y nuestras grandes fallas de pueblo, cierto estoy también de la presencia animadora de numerosos espíritus que claman por caminos de verdad (p. 79 de "No temer la libertad", en: *El Caballo de Ledesma* Ob. cit. 1942).

Sobre cada uno de los textos que integran ese libro particular podrían escribirse numerosas páginas, si bien no puede cederse acá a esa tentación, fuerte por el interés del tema propuesto y por la orgánica unidad de sentido del texto, no puede, sin embargo, salirse de él sin destacar lo que, junto al rescate del símbolo de Ledesma, constituye un logro mayor de ese ensayo fundamental de Mario Briceño Iragorry. Cual es la caracterización sistemática de un rasgo de la conducta social del venezolano que él llama: "La prudencia culpable". Así titula el segundo capítulo del libro (pp. 31 a 36) y primero de los dedicados a la "buena y generosa amiga" secreta, ya antes aludida.

En "La prudencia culpable" hace Mario Briceño Iragorry la primera, pero más cabal aproximación a la obstinada incapacidad de hablar con la verdad, como un rasgo conductual que, para él, caracteriza al venezolano. Ello se expresará en el afán de hablar por los rincones, y no de frente, la imposibilidad de realizar críticas constructivas; de analizar situaciones o ideas sin agredir personas; la imposibilidad de seguir disputas intelectuales; la pasión social por el escamoteo y el disimulo, en suma, la entrega al hábito de la verdad a medias, de la falta de reflexión por sí solos, rasgos todos que imposibilitan, paradójicamente, el desarrollo de las bases del entendimiento colectivo, fundamento y centro de la auténtica armonía social.

En varios de los capítulos de *El Caballo de Ledesma*, vuelve sobre el tema que desarrolla en esa "Prudencia culpable". Así, volverá sobre ello, una y otra vez, agregando matices y haciendo precisiones, en la p. 61 de "Acerca de la Jerarquía", en la 87 de "Hacia la discordia interior y, diez años después, en la 237 de *Mensaje sin destino*. Texto en el cual aplica lo que en todos estos capítulos de *El Caballo de Ledesma* elaboró y expuso con particulares alcances.

Estos planteamientos de Briceño Iragorry sobre "La prudencia culpable" del venezolano corresponden al intento de elaboración por parte del autor de esos aspectos de la conducta social de los ciudadanos de Venezuela que, desde la dimensión conductual del sistema social, contribuyen en lo interno a mantener vigentes los factores de desagregación, que tan vulnerables hacen a la nacionalidad ante presiones e influencias externas. Se corresponden, a su vez, en el plano de la estructura socio-histórica con esos factores de desagregación originados por la ausencia del sentido de la unidad entre los tiempos históricos, la pobre representación asumida desde la escritura histórica para figuras, hechos y procesos históricos y la devastación generalizada producto de las cruentas y extensas sucesiones de guerras y levantamientos. En la dimensión económica quedan representados por el paso de la economía rural a la economía rentista que permitió el desarrollo de la Burguesía Nacional, y en la estructura ideal, o dimensión simbólica de la sociedad venezolana, de su cultura, por la pobre constitución del imaginario

colectivo, producto, a su vez, de todas la otras razones antes consideradas para los planos históricos, sociales y económicos que, al interrelacionarse, potencian su poder disolvente y desagregador.

Reclama el escritor para sí, el derecho a hablar con la verdad, sin escamoteos, tapujos o disimulos. Quiere hablar a los cuatro vientos y decir lo que piensa, y cómo lo piensa, sin el sesgo del disimulo y el escamoteo verbal. Esta necesidad personal se apoya en la urgencia ante una realidad enajenante y negativa para alcanzar el progreso social.

Con ud. misma cuántas veces he hablado de la necesidad en que estamos de poner fin a la larga conspiración de prudencia que desde todos los confines amenaza nuestro progreso social. Mire usted como buscamos de engañarnos mutuamente con palabras dichas entre dientes en la recatada penumbra de los rincones. Y las medias palabras sólo sirven para expresar pensamientos sin formas ni sentido, pensamientos falsos, máscaras de verdades que quedan en el fondo del espíritu avinagrando los ánimos sociales (Ob. cit. p. 32/33).

Cierra el párrafo destacando el heroico papel de quienes no cedieron al silencio ni a la prudencia y continúa en un pasaje en el cual su pensamiento se encuentra con el que formulará José Ignacio Cabrujas tantos años después:

Piense usted en nuestro chiste cotidiano, aparente expresión de anchura y buen humor, y verá que es apenas la burbuja reventona de los vinagres ocultos y malignos. Somos, por lo contrario, un pueblo triste que no sabe reír. Un pueblo intoxicado por el disimulo y la negación. Tememos la verdad con un horror semejante al de los niños ingleses que vieron como los primeros aviones alemanes destruían sus hogares limpios e inocentes (Ob. cit. p. 33).

Completa la idea en el párrafo siguiente con la incorporación de dos lineamientos de conducta que parecen derivarse de ese "hábito del disimulo" consecuencia del "Temor a la verdad".

Quizá ese hábito del disimulo y esa terca tendencia a miserear la verdad sea la causa más fácil del temor a pensar por sí solos que asusta a muchos; es decir, del temor a asumir una posición que no tenga en un momento dado el respaldo de quienes reparten las bulas del éxito (Ob. cit. p. 33).

Temor a pensar por sí mismo, terror a sostener las posturas personales, si no van en la dirección complaciente del colectivo. He ahí dos terribles consecuencias de esa vocación por el disimulo, de ese obstinado miedo a la verdad. Por eso reclama la actitud heroica de Alonso Andrea de Ledesma:

Fe hasta la desesperación pánica. Fe hasta la soledad absoluta.

La Fe que destruya, para el acto salvador, todo el sombrío cortejo de dudas a que nos han acostumbrado nuestros hábitos sociales de vivir a la defensiva, con la conciencia encuevada, puesta en alto una sospecha a modo de antena que recoja y filtre las vibraciones del mundo exterior.

Necesitamos una cruzada contra el silencio" (Ob. cit. p. 33).

Se explyaya entonces en el valor del verdadero silencio. El silencio de santos y de sabios. El callar elocuente que nada tiene que ver con el escamoteo de la verdad. Porque es "un silencio activo, lleno de imágenes que no hacen ruido, de un silencio alargado por la gravedad que le transmiten las ideas forcejeantes en las palabras intactas" (pp. 33/34).

Estas páginas sobre el silencio culpable y mentiroso, opuesto al silencio verdadero, son de las más logradas estéticamente, de las más lógicas y de suelto estilo en el lenguaje tan personal del autor:

Silencio de silencios, oro que vale sobre la plata de las frases sonoras.

El nuestro, en cambio, es un callar calculado más que un silencio confundible con la actitud esperanzada de quienes meditan para mejor obrar. Es un silencio cómplice de la peor de las indiferencias (Ob. cit. p. 34).

He ahí la talla fundamental de la conducta social del venezolano, la falta de acción y compromiso. El resto de las razones culturales e históricas señaladas por el autor no necesitan ser recordadas. El venezolano se evade porque no se siente parte de este todo social, en el cual tendrá que verse inmerso y activo, porque se identifica con él, es parte de él. Pero ese sentido de la pertenencia no se ha establecido nunca plenamente. ¿Acaso hay razones de cuantía y valor que hagan presentes esas imágenes de la historia, de la moral, del mito, que dan fuerza y coherencia al imaginario colectivo?

Doctores del disimulo, con un pie en todas las causas, prestos siempre a pactar con quienes garanticen mayores oportunidades a sus ansias de permanencia en el disfrute de los créditos. Antes se han hecho sordos a todo patriotismo que pensar en la verdad y la justicia (Ob. cit. p. 35).

Esta muy dura caracterización de la conducta social de los venezolanos se completa en otros ensayos del libro con la elaboración de la verdadera igualdad social y sentido jerárquico en: "Acerca de la jerarquía", la tendencia a la crítica destructiva frente a los logros de los coterráneos, en: "Hacia la discordia interior", y el olvido social como forma de la complicidad, en: "Las virtudes del olvido".

En "Acerca de la jerarquía" (p 59 a 63) da cuentas el autor de cuál es el único criterio de ordenamiento social entre los hombres que admite su pluma: el de la moral y el talento. Por méritos que no por mañas. Por individuos buenos, que no por buenas familias.

Pero en Venezuela parece haberse invertido el orden. Se procede con la conciencia firme de que para nosotros ya capitalizaron los mayores. Y ahí el fantasma de las "buenas familias" (p. 60 subrayado en el original).

Más adelante señala:

En nuestra selección política se invirtió la sistemática de valorar las bestias. Estas tienen tanto más valor cuanto menores sean sus mañas. Los políticos se han apreciado en función contraria. Y no es mero juego de palabras.

Tiene muchas mañas". Váyase al diablo la capacidad, riase usted de las condiciones que ameritan a un individuo. Eso no pesa en el orden de la selección. Pesa la maña, la audacia, la simpatía, el golpe de suerte(Ob. cit. p. 61).

En: "Las virtudes del olvido" redondea las ideas vertidas en torno a estas formas de evasión de la conducta social del venezolano. Tras ponderar las virtudes del olvido social necesario, que sólo puede ser reclamado tras verdaderos motivos de tragedia nacional o individual, el olvido piadoso que restaña heridas, señala:

Para estos desmemoriados defensores del orden social, para estos hono-rables representantes de la buena sociedad y de los viejos principios, no de-biera abrirse ninguna manera de manto piadoso. El olvido, pasa de acto mise-ricordioso a constituirse en cómplice de grandes delitos(Ob. cit. pp. 67/67).

Para ese olvido no acepta comprensión ni perdones, pues "no se trata de olvido. Se trata de culpable disimulo, se trata de desmentir la propia verdad. Este olvido no entra en ningún plan de convivencia" (p. 67).

En "Hacia la discordia interior", respuesta pública a Carlos Augusto León quien lo ha invitado a ir a la lucha, a denunciar "la mentira de la escuela, la mentira del liceo, la mentira de la Universidad, la mentira de la academia, la mentira de la política, sólo le pregunta: ¿Por dónde empezar esta obra de rectificación universal, esta obra general de volver al limo primitivo, para una nueva creación, tanto ídolo de barro?" (p. 86).

Y se explaya entonces en la consideración de procesos socio-económicos: la distribución desigual del trabajo, la necesidad de desplazamiento profesional desarticulado, para concluir que, en tal modo de articulación de procesos fundamentales a toda sociedad, debe corresponder una conduc-ta mágica, más que lógica, una conducta por corazonadas:

"Y ello aclara nuestro general desacomodo. Nuestra carencia de jerarquías culturales. Nuestra inmensa farsa social"(p. 87).

Y en afirmación de críticos alcances, pasado y presente se tocan una vez más, en lo que, en más de una de sus obras, ha formulado como "la deuda de las generaciones".

Pero no somos nosotros, los hombres de ahora, los culpables de este falso proceso de la cultura. La deuda viene de atrás. Es el saldo desfavorable dejado por generaciones que pasaron sin cuidar su cuenta con el futuro. Es la deuda de un pueblo que financió su cultura con papeles sin respaldo (Ob. cit. p. 87).

*El Caballo de Ledesma*, en su tercera edición (1948), incluyó un ensayo de texto muy peculiar por su fuerte tono satírico y carácter erudito. Es *Pequeño Tratado de la presunción*, escrito a principios de los cuarenta y hasta ese momento sólo publicado en Bitácora, la revista que fundara y dirigiera

por varios años. (?)<sup>9</sup>. En esa tercera edición de *El Caballo...*, el autor lo incluye porque "En él hemos intentado ampliar el tema de la deuda de las generaciones"... también, "desnudar la tragedia de nuestra presunción colectiva. A nadie intentamos engañar" (Prólogo a Tercera Edición de *El Caballo...* p. 20).

Como indica su título, el ensayo se detiene en la elaboración de la presunción como rasgo esencial de la conducta social del venezolano. Pero lejos está el autor de referirse a la altivez o el orgullo arrogante ante logros individuales alcanzados por sujetos o grupos. Muy por el contrario, su elaboración desemboca en la identificación de los malignos efectos que en la conducta individual acarreo "nuestra gran tragedia cultural de pueblo: haber llegado sin llegar".

Ese es el centro del discurso que deviene de la tesis fundamental de toda su obra de ensayista: la ausencia de sentido histórico favorece la irreflexión y la falta de apego a valores esenciales de la nacionalidad y deriva en conductas sociales signadas por el oportunismo, el arribismo, el desmedido afán de lucro, la venta de la patria misma, a cambio de la figuración pública y el dinero. Vista así, para Mario Briceño Iragorry, la presunción es un complejo social.

Ese espantoso complejo, por todos visto en silencio y pocas veces denunciado, hemos querido tratarlo por medio del examen íntimo de la palabra que mejor lo califican (Ob. cit. p. 105).

Y se explica a sí mismo, tras el alarde erudito en torno de la palabra "presunción", hasta llevarlo al centro de lo que realmente interesa:

Pueblo que no medita el valor de sus propios recursos ha de caminar los opuestos caminos que conducen ora a la desesperación, ora a la presunción (p. 105).

---

9 "Pequeño tratado de la presunción" aparece por primera vez en volumen en la tercera edición de *El Caballo de Ledesma*, incluida en: *Pasión venezolana*. Caracas, Edime, 1956 (179 p.): (pp. 13 a 191). Tal como aparece en el volumen 7 de las *Obras completas* (Ob. cit. nota 1. Ver pp. 99 a 111 de ese volumen). Nunca nos fue posible ubicar la primera edición. En la nota biográfica que Roberto Lovera De Sola hizo a la edición de *Mensaje sin destino* (Monte Avila, Caracas, 1980) se señala que fue en la Revista *Bitácora* que el autor fundó y dirigió a comienzos de los años cuarenta en Caracas. Consultamos a su hija, Licenciada Beatriz Briceño Picón quien ratificó nuestra apreciación en relación con la no existencia del dato y gentilmente nos puso en contacto con Rafael Angel Rivas. Este estudioso y bibliógrafo del autor considera prácticamente inubicable esta fecha. Se inclina a pensar que la primera publicación es la que podría interpretarse a partir del Prólogo a la tercera edición de *El Caballo de Ledesma* (fechado en Caracas el 24 de enero de 1948). Según dice el autor en ese texto: "Pequeño Tratado de la presunción" es un "nuevo capítulo añadido a la presente edición. En él hemos intentado ampliar el tema desarrollado al hablar de la deuda de las generaciones". (Prólogo a la Tercera edición de *El Caballo*, tal como aparece en el Volumen 7 de las *Obras Completas*, Ob. cit. p. 9).



Presunción que lleva al pesimismo obnubilador de los caminos y que, en términos de Kierkegaard, conduce a la decadente actitud de "no querer ser uno mismo" (p. 105).

Y vuelve a la deuda que viene de atrás:

No vienen estos males de ayer cercano; por el contrario, tienen sus raíces henchidas de historia.

Plantea la relación entre la magnificación de la gesta de Independencia, como consecuencia del agotamiento de recursos sociales que esta misma gesta propició, y la consiguiente autovaloración de los individuos de hoy como titanes, participantes a distancia de la edad heroica.

Por ello esta presunción colectiva viene a ser "causa y efecto en sí misma, que se abulta en todo nuestro discurso histórico, arranca de posiciones negativas anteriores y provoca, a la vez, nuevas actitudes desvaloradas que precisa examinar en su origen y proyecciones" (Ob. cit. p. 187).

El origen está en el vacío histórico y en el camino allanado por la irresponsabilidad colectiva. Ello conviene a todos. Y reitera una vez más: "Pueblo sin arquetipos morales, un país donde no se ha prefigurado la imagen que debe dar forma a nuestro esfuerzo social, invita al asalto de las categorías" (p. 107).

Y ello, en la moral individual, conduce a la subestimación de los demás.

Esta subestimación de otros, este sentirse por encima de todos, es para el autor una más de las destructoras fuerzas de la desagregación, liberadas por el afán de ser y parecer en función de ídolos de barro. Do a los cuales se volverá siempre que las dimensiones de la conducta social surjan fuera del recto apego a lo propio esencial, algo sólo posible desde el fomento de la conciencia nacional surgida del conocimiento de la Historia y la tradición patria.

Años después con la consideración de "la falsa estimativa de la igualdad", expuesta en *Mensaje sin Destino* (1950-1951) completará el crítico juicio de las razones que, desde el seno de los procesos históricos y sociales más representativos en la formación de la nacionalidad venezolana condicionaron tan sesgadas pautas de conducta social.

La Historia, para Mario Briceño Iragorry, es elemento de creación. Así lo plantea en dos importantes textos, también de la década de los cuarenta: "La Historia como elemento de creación" y "Nuestros estudios históricos"<sup>10</sup>.

---

10 "La Historia como elemento de creación" (Lección Inaugural de la Cátedra de Historia de Venezuela en el Instituto Libre de Cultura Popular, 9/10/1942) y "Nuestros Estudios Históricos, (*Revista de Historia de América*)", Diciembre de 1947, N° 24, México), son citados como parte de la compilación de trabajos: *Introducción y defensa de nuestra Historia* (1952) en: Biblioteca Ayacucho, volumen 126 (Ob. cit) pp: 109 a 179).

La importancia que ambos asignan al papel funcional de la Historia como fuente de la tradición, núcleo de la conciencia nacional, amerita acá alguna consideración.

"La Historia como elemento de creación" fue desarrollada como una lección de la Cátedra de Historia de Venezuela", dirigida a los obreros y asistentes al Instituto Libre de Cultura Popular, en octubre de 1942. Al igual que "Nuestros estudios históricos", de 1947, aparecen estos textos recogidos en la suma de su pensamiento histórico: *Introducción y defensa de nuestra Historia*, esa obra esencial, de 1952.

La importancia del texto "La Historia como elemento de creación" para la cabal comprensión que la dimensión histórica tiene en la vertebración de un país, desde y para, las distintas dimensiones de la constitución de lo característicamente nacional, ameritan, más que su comentario analítico, la glosa directa de pasajes enteros del texto del autor, como el marco que proveyeron para las elaboraciones en torno a la conducta social y a los procesos socio culturales del pueblo venezolano, antes analizados.

El texto tiene un tono didáctico expreso y busca ser de apreciaciones claras y directas de fácil seguimiento. En todo momento el autor está consciente de la audiencia poco erudita a la cual se dirige.

El título del texto sintetiza el sentido de todas sus consideraciones sobre la Historia de Venezuela: La Historia es un elemento de creación. Para demostrar eso a la audiencia comienza el proceso de valoración de la Historia Nacional desde el presente (1942). Al lado de cada uno de estos párrafos que van perfilando su concepción global de la Historia, podemos colocar esos "requisitos" de la Historia, papeles que le asignó, y los vicios que signan nuestra visión histórica. Los pusimos, en negrillas, ante cada párrafo:

*Papel básico de la historia:* "Muchos reniegan de nuestro país". Es este un criterio fatalista que aumenta la postración. De inmediato pasa a señalar el carácter y sentido de la Historia: "es la memoria de nuestros padres".

*Vínculos entre tiempos:* Remontemos el tiempo, parece decirles: "ningún pueblo, en una hora dada de su evolución, puede considerarse como eslabón suelto o como comienzo de un proceso social. Venimos todos de atrás. Antes estuvimos en el pasado. Y para buscar y amar a nuestros mayores debemos buscar y amar la historia que ellos hicieron".

*Condición social de la Historia:* "En Venezuela, justamente, hay una marcada devoción por el pasado. Venezuela quiere su historia. Venezuela parece buscarse a sí misma en el valor de las acciones de quienes forjaron la patria. Ya esto es un buen punto de apoyo para la palanca del progreso moral" (p. 173).

Pero, agrega la advertencia:

*Historia Oficial:* "Más corrientemente vamos hacia la Historia en busca del placer y de la emoción del relato y del prestigio que creemos lograr con las acciones gloriosas de nuestros antepasados,"somos de la tierra que dio a Bolívar", es título que muchos creen suficiente para presentarse a la consideración del mundo" (p. 174).

*Historia. Relato romántico:* "Ese peligro tiene la Historia cuando, como la nuestra, está llena de relatos que lindan con la leyenda. Se siente el color de la epopeya, se vibra ante los valores que saludan a los héroes, y se llega a creer que con esa gloria pasada basta para vivir el presente".

*Pasado Castrador:* "Que Bolívar sea el más importante personaje de América nadie lo niega, pero de eso a pensar que hoy nosotros podamos conformarnos con tal recuerdo y sentarnos a esperar que se nos tenga, por tan ilustre y límpido abolengo, como el primer pueblo de América, hay una distancia que muchos no comprenden, hay un abismo en que muchos pierden pies y cabeza".

*Valor de aglutinación:* "Sí, y nadie nos lo puede arrebatar, tenemos un pasado glorioso, ¡Y hay que ver las proporciones de tal gloria!; Nada menos que fueron hombres nuestros quienes hicieron la libertad de Suramérica! Y hay que pensar; hicieron la libertad, que es algo muy distinto de la gloria ficticia de quienes conquistaron pueblos.

*Papel Edificante de la Historia:* "Pero ello es para que nos sintamos, más que ufanos y vanidosos, obligados a vivir de acuerdo con los ideales de aquellos hombres que logran gloria para sí y para nuestra Historia" (pp 174/175).

*Negación del presente por hipervaloración del pasado:* "Los pueblos no pueden, en cambio, vivir su hora presente a cuenta de su pasado, por más glorioso y fecundo que sea éste... "

*Valor Educativo del pasado:* "Los pueblos se afincan en el pasado para extraer valores que sumar al momento actual. La Historia se debe ver como una mina que es necesario explotar. Es decir, trabajar".

*Valor Ideológico del culto a Bolívar:* ... "Nosotros hemos desviado el valor de la Historia y hemos llegado a creer posible que se viva de ella sin sumarle nada. Y por eso anda Bolívar metido en todo, mejor dicho, por eso hemos metido a Bolívar como complemento de todo" (p. 174).

En esta misma dirección comenta una copla de "real y medio", que cantaban en Trujillo en su época de niño, real y medio que dejó Bolívar, pero que nadie ha sabido o querido fructificar:

*Legado Bolivariano:* Debemos completarlo con nuestro esfuerzo” porque el complemento del personaje histórico, es decir, lo que el pasado reclama, es la aportación del trabajo de las nuevas generaciones” (p. 175).

*Relectura, no imitación:* “Cada generación está en el deber de ganar su propio derecho de libertad” (p. 175)

*Papel Social de la Historia:* “La historia viene a darnos la respuesta de nuestra propia existencia y nos explica el ritmo de nuestra vida presente. Sin conocer los hechos pasados, no podemos valorar nuestro propio momento. Por ello, más que disciplina científica y literaria, la Historia es una disciplina moral. Señala el tono de nuestra vida actual” (p. 176).

*Intención didáctico moralizadora de la Historia:* Llama a superar la situación de ciudadanos “achicados y medrosos” (p. 178).

Y en el párrafo final, afirma:

*Valores coyunturales de la Historia:* “La Historia sirve así para alentar y vigorizar la propia conciencia obrera y para abrirle nuevos sentidos que le amplien el propio concepto de su función social”(p. 179).

El otro texto fundamental para este estudio en la dirección y alcance del papel central asignado a la Historia por el autor, es “Nuestros estudios históricos” (1947), breve ensayo (pp 113 a 119 de la edición aquí citada) de máxima jerarquía intelectual en el cual, tras considerar los problemas doctrinarios y metodológicos de la hechura de la Historia en Venezuela, señala los distintos períodos y autores que han intervenido en los estudios historiográficos. La historia de estos estudios podría dividirse en antes y después de Lisandro Alvarado, cuyos trabajos inician la superación de la Historia romántica, la que, por influencias de los maestros Lamartine, Michelet, Quinet, Sismondi, escribieron Yáñez, Baralt, Juan Vicente González, Larrázabal, Marco Antonio Saluzzo, Becerra, Eduardo Blanco, Felipe Tejera.

La Historia de estos autores se fijó en la belleza de los hechos, en los tipos valientes, en la ejemplificación.

El texto se completa con la indicación de otros períodos de interés en la evolución y desarrollo de la Historiografía en Venezuela y hace un llamado a la sistematización de metodología, normas y principios de reflexión sistemática que permitan el cultivo de la Historia, como tal fuente de la interpretación crítica, base del conocimiento verdadero de los procesos históricos y sociales.

Pero el centro del texto lo constituye su afirmación en torno al mitificador y cosificante papel de la escritura de la Historia privilegiada en nuestro país:

Sin pretenderlo, los historiadores crearon un criterio de exhaustez en nuestras propias posibilidades de pueblo, por cuanto promovieron con el diltirambo de los hombres representativos una actitud de espasmos ante lo heroico (Ob. cit. p. 114).

Tras este texto de Briceño Iragorry podrían identificarse importantes razones históricas del culto a Bolívar, los procesos históricos y sociales que lo respaldan y las paralizantes consecuencias del glorioso carácter de la guerra de independencia, tal y como han sido elaborados por Germán Carrera Damas<sup>11</sup>, por supuesto que están ahí. Pero lo que importa del párrafo aquí considerado es la identificación del papel escriturario cumplido por estos textos en la representación de una forma de construir a la república al decirlo en la narración de los hechos históricos. Fue un acto derivado de la escritura de la Historia venezolana, no una pretensión voluntaria de historiadores.

Es el total sentido performativo que los textos de pensamiento —quizá cualquier texto— como máximo exponente de la escritura de la representación de los procesos nacionales, cumplen en la invención de ese país como tal.

Nuestros historiadores debilitaron la dimensión histórica del imaginario colectivo al fijar para él, el drama del gesto, el relumbre del sable, la brillantez del hombre pero no la intención y el sentido de la conducta heroica.

Por eso el autor, desde las palabras previas a *Introducción y defensa de nuestra Historia*, obra que agrupa todos los textos en torno a la Historia aquí estudiados, señala:

Vista la historia nacional como la propia fisonomía del pueblo, precisa fijar y resguardar los valores de ella surgentes, del mismo modo como se resguarda el patrimonio geográfico donde descansa la nacionalidad. A la defensa de este sentido de nuestra Historia se encaminan estos flacos ensayos que acoplados en libros, expongo a la meditación de los compatriotas que se preocupan por la defensa integral de la república" (Ob. cit. p. 111).

La búsqueda de lo histórico venezolano, su rescate y defensa ante la siempre posible desvirtuación, por tantos intentada, es tema central de la escritura del autor; junto a tradición y nacionalismo, constituyen las líneas temáticas dominantes de su pensamiento y escritura de la nacionalidad. Pero estas líneas no tienen valor por sí mismas. Obsesivamente vuelve sobre ellas, pero el inequívoco sentido final de su escritura de pensamientos surge del encuentro de las tres, en un único fin: la defensa de la integridad de la nación, amenazada desde afuera por múltiples factores de presión, principalmente el imperialismo económico de los EEUU y las naciones capitalistas, y desde adentro, por el ánimo entreguista del criollo. De ahí su obsesiva búsqueda de los factores de aglutinación en torno a los valores nacionales; las reiteradas

---

11 La elaboración del Culto a Bolívar ha sido singularmente abordada por nuestros historiadores y filósofos de la Historia y la política. Véanse, entre otros trabajos, los ya citados de Germán Carrera Damas, en el capítulo I de este estudio y de Luis Castro Leiva: *De la patria boba a la Teología bolivariana*, Monte Avila Editores, Caracas, 1991 (Agrupa cinco ensayos escritos a lo largo de cinco años).

llamadas de alerta ante la entrada de usos y costumbres "de afuera" que pueden atentar contra usos y costumbres aún vulnerables, por apenas conformadas, y la denuncia de conductas sociales disolventes por su poder de separación entre los nacionales: el afán de lucro, la falsa estimativa de la igualdad, la presunción, la prudencia culpable y olvido voluntario tantas veces denunciadas y elaboradas, en esperanzado ritornello a lo largo de toda la vida.

Si todos los textos aquí considerados se tocan en *Mensaje sin destino*, éste conducirá a la elaboración final de su doctrina nacionalista en un texto crucial en la obra del autor, escrito ya en el exilio, y fechado, al final del "Motivo", en cinco de julio de 1953. Se trata de "Dimensión y urgencia de la idea nacionalista", la suma de su ideario sobre el valor del nacionalismo para la construcción de la auténtica fisonomía, aún por encontrar, de Venezuela como cultura.

El ensayo abre con el "Motivo" y cierra con la "Addenda", ambos apartes son actos de exposición de posturas, ideológica y estética del autor<sup>12</sup>.

El tono es el de un reclamo indirecto, pero la escritura es sosegada y no tiene el trazo nervioso del *Mensaje sin destino*, aunque en el propio título del ensayo se hable de la urgencia de proponerla idea nacionalista para Venezuela y para la América hispana a las que ve caminar hacia el compromiso final de su identidad cultural.

El cuerpo del texto comienza con un recuento y un llamado de atención. En la hora de mengua que vive la nación y en el siempre confuso tránsito de lo hispanoamericano, se permite recordar cómo Europa se asombró y miró con expectativas positivas el proceso de la Emancipación americana durante el siglo XIX. (p. 334).

El tiempo ha transcurrido y hoy debe verse el surgimiento del nacionalismo como un movimiento integrador de carácter defensivo (p. 335).

Se extiende luego en la explicación de su escritura nacionalista, un proyecto de vida:

En los últimos años yo he dedicado por entero mi trabajo de escritora la defensa de la idea nacionalista. Mi obra ya larga de historiador, está también consagrada al estudio del suelo histórico donde enraza el árbol poderoso de la patria. En mi modesta labor de servidor público, puse siempre de norte los intereses autonómicos de la República. Hoy, fuera del país, comprenda que nada me acerca tanto a su corazón dolorido como proseguir románticamente—según dicen los compatriotas perdidos para las empresas del espíritu— la obra paciente y sin lustre actual de defender sus signos esenciales (Ob. cit. p. 336).

---

12 Cita bibliográfica completa en nota Nº 4

Esta es una declaración de principios y la exposición de las líneas doctrinarias que orientaron su escritura y se mostraron como ejes temáticos centrales en la misma.

A través de esta escritura de la nacionalidad, Mario Briceño Iragorry muestra su identificación con Mariano Picón Salas, a quien nombra en varios textos, pero, igualmente, marca su distancia ante escritores como Arturo Uslar Pietri, cuyo cosmopolitismo abierto parece detestar:

El tema del nacionalismo, sin embargo, es tomado por muchos en un sentido contrario a sus propios valores de creación en el orden del pueblo. Arturo Uslar Pietri desmintió en la prensa de Caracas de las tesis tradicionalistas sobre las cuales Mariano Picón Salas, Miguel Acosta Saignes y yo hacíamos gravitar irrenunciables valores de la nacionalidad. Quiso mostrarse Uslar Pietri por avisado amigo del progreso frente a un supuesto destino de gotoso tinajero, fomentado por nosotros como finalidad nacionalista. Provocado el debate, Uslar Pietri volviendo sobre la responsabilidad de su autorizada pluma, buscó oportunidad de rectificar juicios precipitados (Ob. cit. p. 337).

Sobre la relación de encuentros aparentes o realmente fecundos entre Mariano Picón Salas, Enrique Bernardo Núñez, Mario Briceño Iragorry y Arturo Uslar Pietri. Hay que detenerse mucho más, pero es obligado aquí considerar el sentido dado por Briceño Iragorry al "Tradicionalismo", como ejercicio de la verdadera "Tradición", en todas sus disidencias:

"La problemática del tradicionalismo no se reduce a la simple consideración de un férreo mantenimiento de las formas elaboradas por el tiempo. El tradicionalismo indica sobre todo búsqueda de sustancia creadora y de realidad operante. Las formas son meros aspectos que pueden coadyuvar a hacerlas más respetables" (Ob. cit. p. 338).

Se detiene el autor en las demostraciones sobre cómo conductas que pueden parecer reaccionarias en su tradicionalismo por representar vueltas al pasado son ejemplos claros de conductas progresistas.

Ese es, para él, el papel de las búsquedas por la reintroducción de las lenguas vernáculas en las ceremonias de la Iglesia Católica, en sustitución del universal uso del Latín (p. 338/339). Pues el tradicionalismo puede ser más modernizador en sus alcances, según las intenciones y propuestas que lo acompañen, pero el nacionalismo es necesariamente excluyente.

El nacionalismo es tránsito fecundo hacia la posibilidad de realizar lo universal. Para que los pueblos puedan conjugar su fuerza y su conciencia, necesitan robustecer la una y definir la otra. La fuerza y la conciencia de los pueblos no medran y crecen si no las defiende de lo espúreo y corruptor que pueda venirles de otros sitios. Para que puedan adquirir vigor, es preciso hacerlas vivir de acuerdo con la propia gravedad que les señala su historia" (Ob. cit. p. 339).

Defiende el nacionalismo latinoamericano que no se opone al ecumenismo y que es distinto a los nacionalismos de signo negativo de Hitler y Mussolini (p. 341). El nacionalismo latinoamericano es movimiento defensivo frente a las fuerzas disgregativas" (p. 341) y agrega:

En América, y de manera muy especial en Venezuela, las opuestas tendencias del tradicionalismo hispánico se conjugan fácilmente" Se dio la "Unión en torno a la Iglesia Católica, la lengua de Castilla, la cultura, pero no de sumisión ante el poder central" (Ob. cit. p. 343).

Insiste en el rescate de esos valores de la conducta criolla que pueden salvar de la disolución, por esto urge emprender la tarea de deslinde de la conciencia nacional. Ello pasa, necesariamente, "por el saneamiento de las raíces históricas del poder" (p. 347).

La urgencia es tal, para Briceño Iragorry, que advierte la vinculación de estas dimensiones con el riesgo de disolución de la república, aun en sus más materiales modos de funcionamiento:

Para mantener la parte material y mecánica de la República, precisa refrescar los mismos conceptos formativos de la nacionalidad. Nuestra vieja tradición hispánica —rebel-  
día, individualidad, cultura católica, romana, castellanidad literaria— produjo durante el barroquismo colonial, como fruto del transplante y de la confluencia *con otros signos, nuevos valores*, como el de la igualdad, que al re juntarse con los conceptos de libertad, de independencia y de tolerancia, formaron el común denominador de nuestra razón de pueblo (Ob. cit. p. 347).

La respuesta para la amenaza de disolución está en la vuelta a los valores que parecen perdidos, pero que pueden y deben ser desvelados en salvaguarda de la nacionalidad:

Rebelde, generoso, tolerante, igualitario, siempre ha sido, a pesar de los contrarios avatares, el hombre de Venezuela (...)

Con volvemos sobre nosotros mismos y buscar en la trama de nuestra propia historia los valores que ayer dieron fuerza creadora a la República, tenemos para topar con voces poderosas, capaces de despertar las energías silentes (Ob. cit. p. 347).

Hay que fortalecer el "imaginario colectivo", así parece gritar:

"Yo he insistido hasta el fastidio sobre la necesidad de buscar en nuestra tradición y en nuestra historia los signos aglutinantes y las cualidades de provecho que den fuerza para la obra de realizar nuestra misión de pueblo" (Ob. cit. p. 348).

Mario Briceño Iragorry vive con angustia y desesperación la conservación de la unidad identitaria de la República. Y clama por su guarda. Ese es el centro y norte de esa escritura nacionalista, a ratos, de fuerte apariencia conservadora.

Sin la guarda de los valores abstractos que definen nuestro genio nacional, la acción difusa de los nuevos elementos puede llegar hasta suscitar la disolución del genio y del carácter que configuran a las sociedades (Ob. cit. p. 348).

Vuelve sobre los trazos de su escritura de años, y retoma el hilo conductor que le ha dado vida:

Yo he hecho radicar la parte principal de nuestra crisis de pueblo en el hecho innegable de carecer el país de vivencias defensivas que resguarden uniformemente su peculiar fisonomía (Ob. cit. p. 351).



Historia y geografía caminan juntas en este proceso de realizarse las naciones como cuerpo y como espíritu (Ob. cit. p. 352).

Al final de la "Addenda" al texto central, aclara:

Advierta, pues, el lector que estas páginas han sido escritas con el mero propósito de poner en resalto una vez más la urgencia de dar unidad a nuestro deber de ciudadano (Ob. cit. p. 361).

Este texto de 1953, "Dimensión y urgencia de la idea nacionalista...", no fue el único de esa época en que tocó esos temas.

Sobre la hondura de la alarma y desesperación que vivió Briceño Iragorry ese sentido de la disolución de la patria por ausencia de una idea nacionalista que acercase a los venezolanos a lo propio, que los uniese en torno a sí mismos, da cuenta por igual en *Aviso a los navegantes (Tradición, nacionalidad y americanidad)* publicado en 1953 y en: *Patria arriba. (Nuevo ensayo sobre los valores de la hispanoamericanidad)*. También de 1953, pero publicado por Ediciones Independencia en 1955<sup>13</sup>.

El primero es una colección de textos diversos, escritos bajo el sentido de la inminente posibilidad de desarticulación de lo nacional, pero desde el profundo sentido de la unidad que puede encontrarse en la tradición.

Por el contrario, *Patria arriba* es un auténtico ensayo en el cual pone en contacto, sin transiciones, los tiempos de la Conquista y la Colonia, de la Independencia y la República, con los amargos tiempos del presente en la década de los cincuenta, a través del viaje real e imaginario hasta Arévalo, el pueblo español en donde se origina el apellido familiar.

El texto es un viaje de Europa a América, y de América hacia sí misma. En el exergo que lo abre y justifica, señala, una vez más:

Sin temor a que se me motive de fastidiosa persistencia, habré de insistir siempre sobre la necesidad de considerar las categorías diferenciales y unitivas transmitidas por la tradición hispánica, como fecundo estrato subyacente donde afincan el orden de nuestra sociedad americana (Ob. cit. p. 807).

---

13 Véanse: *Aviso a los navegantes* (1953) (Ob. cit. nota 4) y *Patria Arriba (Nuevo ensayo sobre los valores de la hispanoamericanidad)*. Este último es un ensayo de 1955, aquí citado por la publicación del Congreso en el Volumen 8 de las *Obras Completas (Ideario Político y Social II)*. Ediciones del Congreso de la República Caracas/Venezuela, 1990 (pp. 303 a 363). (Reproduce la primera edición: Madrid, ediciones Independencia, 1955: 99 p.). El texto representa el esfuerzo por remontar el camino para demostrar los valores de lo hispánico presentes en la cultura americana. Es una exploración vivencial (trayectoria familiar) e histórica. Es un texto que permite observar claras diferencias entre el pensamiento de Mario Briceño Iragorry, el de Mariano Picón Salas y Arturo Uslar Pietri, para quienes "lo español" es una dimensión fundida con lo americano y resultante en esa totalidad original y rica que es "lo criollo". Para Briceño Iragorry lo español de alguna manera conserva su presencia intacta, vale por sí mismo. Y nuestros orígenes de americanos son "españoles" no indígenas. De ahí el nombre del ensayo: *Patria arriba*.

Desde esa idea que le ha acompañado toda la vida, imagina el viaje hasta la tierra puesta tan lejos por el exilio, y evoca las tumbas de sus mayores, espacios simbólicos de sus raíces americanas, y por americanas, hispánicas. De allí emprenderá, mediante la imaginación evocadora, el viaje, *Patria Arriba*, en pos de la unidad del sentido histórico que salve la integridad moral y cultural de la república.

Para meditar sobre su Historia gloriosa y fecunda, en este día ausente de difuntos cercanos, yo he ido Patria arriba hasta el hogar donde hace más de cuatro siglos vivieron los abuelos partidos a las Indias. No he venido a buscar la sombra de mi gente vieja. He venido a subirme en escalera de siglos para mirar desde las airosas torres de los templos que guardan las cenizas de los padres antiguos cómo se dilata el tropel de hombres y de generaciones que terminaron por pulir los signos de la nueva Patria (Ob. cit. p. 357).

En noviembre de 1954, añadió un "post-criptum", en el cual no hizo sino explicitar el sentido final de esos pasajes de *Patria Arriba*:

"Los hombres sin memoria son como seres evadidos del mundo de la responsabilidad. Los pueblos sin Historia funcional son, también, como comunidad desprovista de memoria. Tanto como comunidades irresponsables. Tener memoria es un anticipo de tener voluntad. La memoria y la voluntad son como los polos que fijan el movimiento de la conciencia humana. Quien quiere caminar, tanto ha de saber hacia donde va cómo saber de donde viene. Para "poder ser", se requiere "ser ya". Es decir poseer una conciencia de sí mismo. Estar dentro de un orden de deber" (Ob. cit. p. 359).

Con la publicación de esta obra en 1955, el autor parece cerrar un ciclo de su escritura, pero queda para siempre su conciencia nacionalista como la dimensión desde la cual llevó a cabo toda su escritura de la nacionalidad:

Frente a los problemas nacionales, yo me he impuesto el deber, en apariencia estéril e infructuoso, de avisar el peligro que constituye cualquier tipo de claudicación consencial ("Post-criptum 1954") (Ob. cit. p. 366).

Con *La hora undécima (Hacia una teoría de lo venezolano)* (1956)<sup>14</sup> contribuye a abrir una dimensión particular, complementaria y enriquecedora de esa búsqueda de la tradición histórica, de ese afán y alarma ante la pérdida de conciencia nacional. Esa dimensión es el establecimiento de la identidad cultural desde la enseñanza formal, como un vehículo de transmisión invaluable de lo que debe pasar a la memoria colectiva.

La integración de la nacionalidad por la sólida formación ética, religiosa, académica y humanística en general es el clamor del texto. Centrado en la propuesta de una búsqueda del verdadero venezolano desde "lo verdadero venezolano". Que para él nunca se tocará con ser alegres vendedores de hierro y de petróleo" (p. 230).

---

14 *La Hora Undécima (Hacia una teoría de lo venezolano)* (Ediciones Independencia, Caracas, 1956). Se cita aquí por la edición de las *Obras Completas*, Vol. Nº 9. Pp. 190 a 271).

Durante los años finales de su exilio en España, Briceño Iragorry no deja de escribir. En 1958, apenas cae Marcos Pérez Jiménez, aparece publicado el *Ideario Político* en el cual recoge las obras escritas a lo largo de la década de los cincuenta, nunca publicadas en libros. En el prólogo, desde el cual, una vez más, da cuenta de lo que buscó para la patria a lo largo de toda su vida, señala una última finalidad a esa afebrada escritura por la tradición: "Dar en conjunto la sustentación de sus juicios de siempre contra el tiranuelo" (Italia, febrero de 1958).

Del conjunto denso y amplio de sus escritos emerge la representación de un país de identidad cultural frágil y quebradiza, pues aún no han quedado claramente delineados los contornos de lo "nacional". Lo verdaderamente venezolano debe aún ser identificado. Difundir las tradiciones, vincular los tiempos históricos, reconocer la herencia española, explorar la simbología posible, reescribir el canon histórico, he ahí las vías únicas para reencontrarse, en las palabras de Don Mario Briceño Iragorry, con una nacionalidad no plenamente establecida. Su obra de ensayo viene a ser el desesperado intento por construir una tradición que haga patria.